

ca y la misión ética del poeta. Además de esta postura consciente, en Antonio Hernández se da esa actitud inesperada y genial en consonancia con esa imagen poética que eleva todo el poema y lo sitúa, en movimiento, en una atemporalidad temática y formal. ¿Se pretende la colaboración del lector? Por supuesto que en la conciencia y en el trabajo de Hernández se cuenta con la participación del lector, participación poética e imaginativa en libertad creadora ante una obra que profundiza en la realidad cotidiana considerando los más mínimos detalles.

*Oveja Negra*, primer libro de la trilogía, se hace eco de la desazón y la nostalgia de Andalucía desde un cometido personal-existencial, desgarrado a veces y comprometido con su entorno natural. En *Oveja Negra* se mantiene un tono autobiográfico siempre en contacto y en aviso de lo más necesitado. «Muchacho que venías», que es su primera parte, constituida por dieciséis poemas sin título, nos habla de ello. En su segunda parte, «Tiempo de soledad», nos encontramos con esos poemas desgarrados y cortantes con el fin de situarnos en los ambientes más fríos y más duros, mediante una adjetivación cortante y rápida, propios de un transcurso vital, despreocupado y veloz, destructivo y terrible: «Pero qué hago ahora —alas, peces, tierra, sombra, vida.../ si yo puedo más. Si sólo puedo ya desesperarme».

En «Donde da la luz», título que toma de la tercera parte de su obra anterior, el lenguaje es más flexible, estéticamente más cuidado; tanto lo formal como la elección de su vocabulario se configuran con lo más propio del poeta «andalusí», tal como lo definió Enrique Molina Campos, junto a Ángel García López, Manuel Ríos Ruiz y a José Luis Núñez. De la trilogía que tratamos, es ésta la obra más interesante, muy marcada, y a la vez personal, por el culturalismo andaluz, distinto, por supuesto, en temas y en formas, de las posturas novísimas y *venecianas*, muy vigentes y de moda por entonces. Distinción que se aprecia y se fundamenta ya no sólo en su finalidad, sino en sus raíces y en las fuentes de su inspiración que en nada colaboran ni tienen que ver con el plagio modernista de la decadencia, el narcisismo maldito y la pseudoaristocracia narcisista y epigonal.

Los localismos que aquí aparecen permiten una salida a la esperanza, oculta y oscura en su obra anterior; y esa contemplación y consideración de la pluralidad partiendo de sí mismo, desde su gente, desde los lugares

que más aprecia, llegan, en entrega, al más preciado sentimiento humano: un compromiso interior.

Si en las obras ya citadas se ha ido exponiendo un paisaje espiritual y físico como determinantes de unos entornos muy concretos, en la siguiente obra, *Metaory*, se da la respuesta y homenaje más sincero desde esa conciencia personal y comunitaria que determina y proyecta la personalidad de Antonio Hernández. Ésta es la razón por la que el lenguaje que por aquí se desenvuelve sea palabra viva, real y al mismo tiempo casi irreal, mágico y entrañable, íntimo y expositivo; pero, sin duda, siempre en correspondencia y en aceptación o enfrentamiento con la vida misma. *Metaory*, donde se habla de la poesía, de la estilística, de la política o de la niñez, es la historia más real de lo cotidiano, la aceptación de la soledad quevedesca e irónica, la incompreensión de un monstruo fino al que se le puede oír temblando.

Si su primera trilogía, formada por *Oveja Negra* (Madrid, 1970), *Donde da la luz* (Toledo, 1978) y *Metaory* (Madrid, 1979), corresponde con una toma de posiciones y una concienciación del entorno más auténtico, en *Homo Loquens* (Madrid, 1980) da comienzo la que será su segunda trilogía, de carácter más íntimo y personal. *Homo Loquens* es un clarísimo exponente de esa fusión entre la intimidad y la convivencia con los otros. Es claro que en este libro la atención se dirige más por el individuo y la convivencia consigo mismo. Resultado que ha nacido de la duda y de la inseguridad que se han engendrado en la misma entrega y en la consecuente falta de correspondencia.

*Homo Loquens* viene a ser el reconocimiento de sí mismo sin que se olvide a los demás; pero ante la duda se genera un temor por seguir desconociendo tantas reacciones humanas: «Y yo me digo, yo,/ yo me pregunto:/ ¿quién hizo el mundo para devastarse?/ ... / Dividen su calor/ entre el amor y el miedo». Miedo que surge de la contemplación y el descubrimiento de la realidad conflictiva. En *Homo Loquens* el acto poético es más consciente en cuanto a estética se refiere. La pasión y la fuerza imaginativa que aparecen en estos poemas se identifican con el conocimiento y el proceso intelectual en toda su creación. Estético que no podemos confundir con la retórica, sino con la poetización de la realidad. Existe una evolución en la poemática de este libro; formas que aparecen aquí no las encontramos en libros anteriores.

El tono narrativo es sustituido por una superposición de ideas y de planos apoyados en unas imágenes más introspectivas y personales, pero no por ello solipsistas. Lo biográfico no queda aislado en lo anecdótico, sino fortalecido en la imaginación y en el subconsciente: «y por eso, he aceptado/ que no hay que buscar temas para hablar/ sino dejar que hablen nuestras sombras». Todo el libro es un largo soliloquio, intenso, mediante el cual el hombre —el poeta— se descubre y se habla así mismo en el propio reconocimiento: «Por eso quiero hablar en lo que soy y nunca descubrí: esta ternura de sentirme pasmo» y «De esta forma, contarme/ para hablar de vosotros». La intensidad imaginativa de sus poemas no tiene más remedio que romper con el lenguaje coloquial para dar fluidez a su mundo interior. Será éste el recurso por el que se aluda a la naturaleza no como enumeración de sus excelencias sino como profundización en alguno de sus aspectos, y en ello la contemplación y la exaltación franciscana de la vida.

Con *Diezmo de madrugada* (Premio Leonor 1981, Soria 1982) Antonio Hernández da continuidad al planteamiento de su segunda trilogía, ya manifiesto en su libro anterior, *Homo Loquens*. Una ambientación en calma domina en sus temas y en sus pretensiones. La aceptación personal ante la existencia se afianza en un protagonismo psíquico al hacerse realidad el recuerdo que se proyecta en el presente más actual. El sentimiento de paternidad lo catapulta a un pasado del que tal vez no disfrutó en la intensidad deseada hoy, y por lejana ya irremediable. Insatisfacción que lo conduce a la disconformidad más serena. De todos modos, apreciamos en este libro una diferencia en cuanto a su actitud personal-poética, proyectándose en la aceptación individual y social en cuanto una conciencia en calma donde el recuerdo y la imposibilidad de volver al pasado lo cercan en un narcisismo indirecto mediante la participación de situaciones familiares ya acaecidas. Si la personalidad poética de Antonio Hernández se fundamenta, principalmente, en la captación sosegada, entrañable y a la vez crítica, de todo cuanto lo rodea, cierto es que tal posición lo sitúa en doble compromiso, con la literatura y con la sociedad, mediante su capacidad de comprensión e identificación, partiendo de su misma intimidad, con los siempre presentes propósitos de inquietud e insatisfacción tanto de sí mismo como de la sociedad. Éste es el motivo por

el que en este libro, *Diezmo de madrugada*, se intercalan temas muy familiares con recuerdos que pertenecen a la adolescencia; resultando, finalmente, la exaltación de lo más íntimo junto a la exterioridad más cotidiana, pero no por ello menos importante.

Con *tres heridas yo* (Madrid, 1983) Hernández se manifiesta en ese tono existencial en que el hombre se siente sometido a unas circunstancias de las que ha venido naciendo y haciéndose, y, por otra parte, sin ninguna facilidad para escaparse de ellas, porque son su vida misma y determinan su personalidad y su entorno: «Para que me comprendas, derramaré mi luz./ Una luz que se ha hecho de pavor y de canto,/ una luz que es olor, gusto encima de brillo».

Pero ya en este libro aparecen, pretendidamente, ciertos poemas marcados por una actitud reflexiva muy peculiar en cuanto que sitúa al poeta en un auténtico distanciamiento crítico y punzante, menos violento que en poemas anteriores, pero no por ello menos contundentes. Ello permite al poema rodearse de un ambiente misterioso y positivamente inestable. Pues no hemos de olvidar que dentro de la coherencia y la circunstancialidad poéticas en Antonio Hernández aparece, en su obra, una sutileza dominante que se da a conocer en un continuo riesgo en las imágenes más atrevidas y luminosas con el fin de resaltar la realidad más próxima. Así es como él mismo lo afirma: «La poesía, más que otra cosa, es saber adecuar el caudal de experiencias, tanto sociales como mágicas, al cauce expresivo —o sea, al pulso poético— más o menos profundo que se posea». Este distanciamiento, protegido de una locura consciente, será el mejor precedente, al tiempo que pone fin a su segunda trilogía, de la ironía y el desplante de su próximo libro, como una prueba más de la coherente trayectoria de su obra poética.

*Indumentaria*, *Campo lunario* y *Lente de agua* constituyen su tercera trilogía. En estos tres poemarios, el sosiego, la inteligencia, el distanciamiento, el equilibrio, la sutileza y la ironía azuzan todo su potencial, y con toda una experiencia poética y vital, tamizadas por el descreimiento y una cierta y sombría desconfianza, consigue, retomando algunos temas ya tratados, los más hermosos poemas. El enriquecimiento de tantas experiencias anteriores aparece representado en muchos de los poemas de estos tres libros: el interés y la importancia

del paisaje, la exaltación de la cultura de Al Andalus, el proceso poético mismo, el amor, la historia de España, las amistades, la juventud, los ideales y la fuerza que aún permanece en ese equilibrio entre pasión, sueño y vida, la problemática social, jamás en olvido, el desasosiego, el decaimiento y el resurgir de una escéptica ironía como salvaguarda y heredad del pasado más antiguo: «Por todos los caminos/ se va siempre a la muerte. Yo he elegido/ el de la claridad para mi tumba». En esta tercera trilogía el perfecto equilibrio y la ciencia del saber vivir se funden en un mismo ritmo parsimonioso

y desenvuelto a la vez, cotidiano en su inquietud y prudente en la rememoración de nuestra historia. Porque es la historia de España quien se mira y se refleja, de la mejor manera, en toda la obra poética de Antonio Hernández. Realidad, magia, fascinación y contagio te envuelven en un espacio y en un tiempo que de tan históricos siempre están en presente.

**Miguel Galanes**

